

ORACION FUNEBRE
EN MEMORIA Y HONOR
de los
VALENTES MILITARES

1232

335

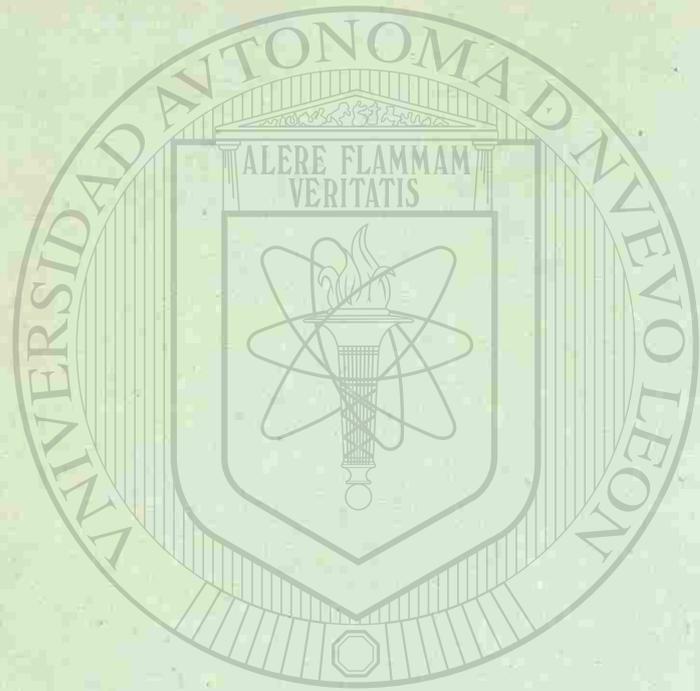
011

F 12
. 5
P 335

06 011



1020002453



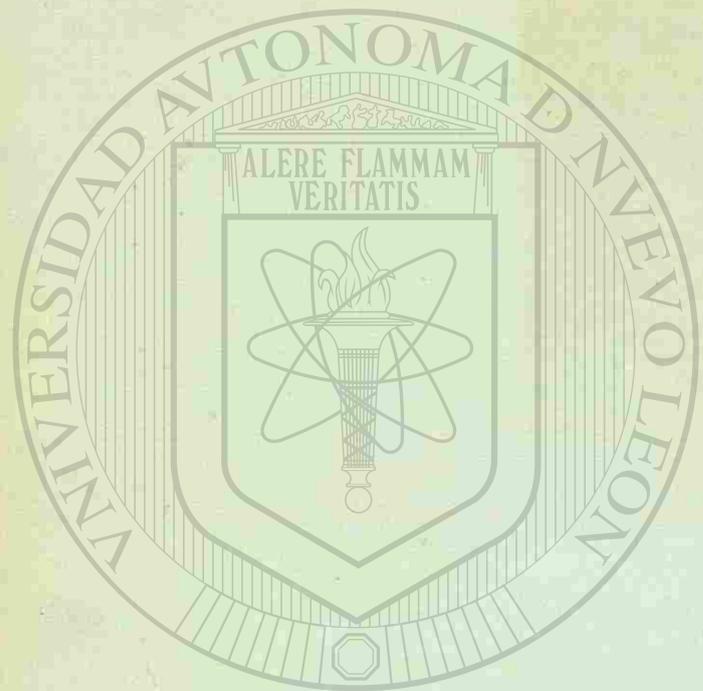
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



108011

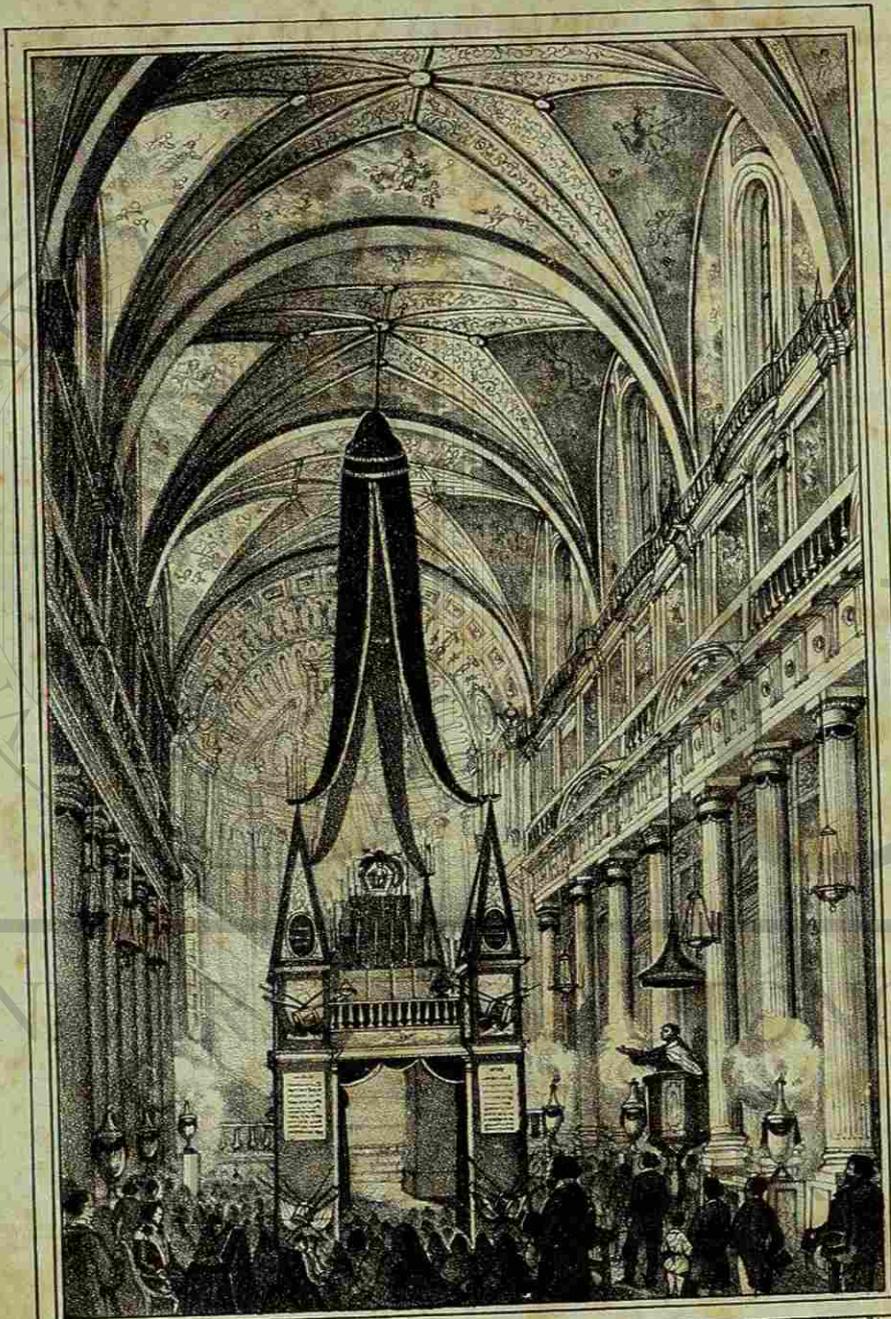


451

Htg

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Vista interior del Templo de S.ⁿ Francisco, en los funerales de los que sucumbieron en defensa de las garantías.

Litog. de Rivera.

ORACION FÚNEBRE ✓

EN MEMORIA Y HONOR
DE LOS VALIENTES MILITARES
que sucumbieron en la lucha

CONTRA LA DEMAGOGIA,

PRONUNCIADA,

EN LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO

EL DIA 13 DE FEBRERO DE 1858,

en las solemnísimas honras

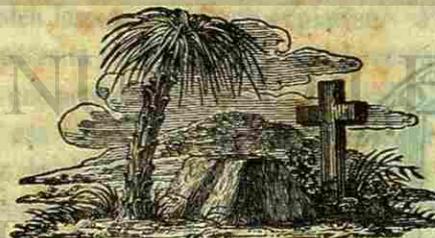
QUE LES CONSAGRÓ

LA INVICTA Y CATÓLICA PUEBLA.

Por el R. P. Fr. Pablo Antonio del Niño Jesus, Prior del Convento del
Cármel y Examinador Sinodal de este Obispado.



*Impresa por varios amigos del autor, y dedicada á las sombras
ilustres de los reaccionarios.*



PUEBLA. ✓

Imprenta de José Maria Rivera, calle de Molina núm. 1.

1858.

F1232
.5
P335



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



J. M. J.

Sancta ergo et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut á peccatis salvantur.
Machab. lib. 2.º c. 12 v. 46.

El pensamiento de rogar á Dios por los difuntos para alcanzarles la remisión de sus pecados, es santo y saludable.
Lib. 2.º de los Macabeos, c. 12 v. 46.

Exmo. Señor.

La religion viene del cielo, y viene para aliviar todas las penas, todos los dolores, todos los infortunios de la humanidad. Despues que Adán pecó, el hombre solo nace para sufrir, dado que siglos infinitos no bastan para llorar su crimen, asi como todas las penas de la humanidad no pueden formar una digna expiacion. Para llegar á su último destino, necesita el hombre una virtud reparadora que le compense lo mucho que perdió por el pecado original.

Pues bien: esa virtud reparadora nos viene por la religion que revelando al mundo el Misterio de amor por el que el Verbo Eterno se unió á la naturaleza humana para regenerar al hombre, hace que conozcamos la nobleza de nuestro origen, la importancia de nuestra mision sobre la tierra, y el fin sublime para que fuimos criados.

He aqui por qué la religion es un elemento de vida para el individuo, para la familia, y por consecuencia forzosa para la sociedad. La pretension absurda de formar sociedades atéas, relegada está ya

al país de las quimeras; y si la filosofía racionalista, ó materialista que es lo mismo, puede gloriarse de corromper al individuo, jamás conseguirá que la sociedad reniegue de la fé, porque la sociedad tiene en su constitucion una especie de instinto salvador, con cuyo auxilio conoce que la religion la conserva, que la religion la enaltece, que la religion la consuela, que la religion la inmortaliza, sacándola inmutable y bella de los horrores mismos de la corrupcion, de la espantosa lóbreguez del sepulcro moral.

Vuestro catolicismo, hermanos míos, de que tan espresivas pruebas habeis dado, me prohíbe tomar el tono de controversista, así como la naturaleza del asunto y las severas reglas de la locucion religiosa, alejan de la cátedra santa el apasionado lenguaje de polémica. Por eso no invoco ni la historia, ni las doctrinas ni los hechos notables de la gentilidad; ni ménos aun las ficciones de la mitología para probar, como pudiera, que el humano linaje, de Adán á la presente, tiene la conciencia íntima de la inmortalidad. Pero sí diré, que esta verdad universal, que esta verdad histórica, que esta verdad antigua siempre y siempre nueva, adquiere un bello realze con la revelacion, con cuyo auxilio, el triste peregrino del valle de las lágrimas puede mantener relaciones tiernas y gratas con los que moran en la eternidad; porque la religion que tiene por carácter la "Unidad," forma de la sociedad temporal y de la eterna, una sola, puesto que el apriseo del Pastor Divino es uno solo, aunque algunas ovejas habiten en la tierra, y otras allá de no sabe el mortal.

Justificada queda entónces esta triste y fúnebre solemnidad, que analizada es la consecuencia legítima de nuestras creencias, el resultado natural de la verdad católica. Nosotros confesamos la inmortalidad del alma humana, confesamos los dogmas de la caída de la naturaleza, de su reparacion, de los castigos, de las recompensas, y de los medios expiatorios para alcanzarlas; y por una deduccion severamente lógica confesamos tambien la existencia de una sociedad eterna. ¿Podrémos, entónces, dejar de mantener relaciones con esa sociedad compuesta de nuestros padres, de nuestros hermanos y de nuestros amigos? ¿Podrémos dejar de interesarnos por la suerte de

los que han sido trasladados á la inmortalidad? Señores: si la divagacion que traen consigo los objetos deslumbradores de la tierra fuese causa de que olvidásemos á los que han muerto, la religion que puesta en atalaya vela constantemente sobre los intereses de la humanidad, nos recuerda todos los dias. "Que el pensamiento de orar por los difuntos para obtenerles la remision de sus pecados, es santo, saludable y agradable á Dios." *Sancta ergo et Salubris est cogitatio pro defunctis exorare ut à peccatis solvantur.*

Luego la religion es quien nos ha inspirado este servicio fúnebre en favor de las almas de los apreciables valientes que sucumbieron luchando por salvar los eternos principios de moral sobre que descansa la sociedad. Voy á desarrollar mi pensamiento. Señores, dícanme con vuestra atencion. Señores, favorecedme con vuestra indulgencia.

Si entre los que me escuchan hubiese alguno afectado de maligna curiosidad, esperando con ansia el momento en que resuene la palabra, creyendo que la oportunidad se brinda para tenderme lazos, como los fariseos quisieron encontrar dolo en las palabras de Nuestro Salvador, cuya predicacion escuchaban como dice un Evangelista *ut caperent eum in sermone;* (1) yo daré mil gracias al Señor si despues de haber hablado en su nombre bendito, la conciencia misma del que me fuere adverso le dá invencible testimonio de que mi lenguaje ha sido digno del Santuario, digno de mi auditorio, digno de mi mismo, digno, en fin, del respeto debido á la verdad y á la memoria de las nobles víctimas, cuya inmadura muerte llora la sociedad.

¿De qué se trata, hermanos míos? Se trata de aliviar las penas temporales de nuestros hermanos difuntos; se trata de honrar las virtudes y esclarecido mérito que contrajeron muriendo por reconquistar para la sociedad ciertos derechos, ultrajados unos, desconocidos otros, y todos violados y menospreciados. Es decir: que la piedad cristiana como una Virgen tímida y llorosa viene á ofrecer sobre aquel santo altar la Hóstia pacífica y augusta, cuya sangre divina borra los pecados del mundo; mientras la gratitud como una jóven

reina llena de bizzarria arroja flores sobre su sepulcro, y corona las sienes de las víctimas con laureles que inmortalizan su memoria.

De hecho: la piedad que iluminada por la fé sabe que ante Dios, el hijo de Adán siempre es culpable, que con solos sus esfuerzos no puede alcanzar la posesion del Sumo Bien, y que para alcanzarla necesita santificarse y enriquecerse con los méritos infinitos de Aquel, que para establecer ciertas verdades, que para fijar ciertos principios, y para deslindar los deberes y los derechos de los gobiernos y los pueblos, quiso ser victima de las pasiones de los hombres, enseñándonos de esta suerte á morir ántes que faltar al deber; la piedad, repito, que sabe todo esto, confesando, además, que aun cuando el hombre salga de esta vida sin reato de pecado mortal, sufre todavía un tiempo de expiacion, en un lugar, donde justas, pero acerbas penas, le depuran de sus pequeñas manchas y le hacen digno de su Dios, se apresura á obrar de acuerdo con la verdad y doctrina católica. En consecuencia, para obtener el alivio de los que sufren, y el perdón de sus culpas, vino á ofrecer hoy día sobre aquella Ara santa los infinitos méritos de Nuestro Señor Jesucristo, cuyo inerte sacrificio, tan valioso como el que se consumió en el Calvario, tiene virtud para santificar las almas y abrirles las puertas de los cielos. Y para que nada le quede por hacer, también ora ferviente en la presencia del Altísimo, y esa oracion individual, unida con la pública establecida por la Iglesia en favor de sus fieles y amados hijos, valorizada con los méritos de Nuestro adorable Salvador, sube á los cielos como una columna de humo, es mas grata á la Divinidad que los perfumes del Thimiama, conmueve con su fuerza y con su virtud milagrosa la elemental de Nuestro Redentor, y arranca de su Corazon amoroso unas gotas de aquella saeratisima Sangre que derramó en Gethsemani, las que, cayendo cual rocío matutino sobre las almas afligidas y aprisionadas en la cárcel del santo Purgatorio, apagan sus ardores, mitigan sus angustias, alivian sus dolores, y quebrantan también sus pesadas cadenas. Por esto, hermanos míos, no es inverosímil, sino ántes muy probable, que hoy mismo, á esta misma hora, los que hasta aquí han sido justamente el objeto de nuestro dolor, y de nuestras abun-

dantes lágrimas, suban al cielo anegados en un piélago de dulzura inefable; y radiantes de gloria vayan á descansar eternamente de sus pasadas fatigas; á reírse, como dice el Sábio, de las vanidades deslumbradoras de la tierra; á compadecer, sin perder por esto nada de su gozo infinito, las miserias en que aun nos implicamos los mortales; y á rogar con fervor por los destinos de esta patria que les fué tan querida, y por cuya prosperidad y felicidad combatieron.

Sea así. Pero y qué, ¿esos hombres arrancados tan bruscamente del seno de la sociedad, que aun tenia derecho para esperar de ellos servicios importantes, además de los sufragios de la piedad católica, no merecen el honor de que se perpetúe nombre, y que á la faz de la nacion lloremos su sensible pérdida, y que solo enjugemos nuestras lágrimas para proclamar su civismo, su valor, y su fé religiosa por cuya defensa bajaron al sepulcro? Señores, todo lo merecen. Y si los honores que les acordemos no son del tamaño de su grande infortunio, al menos, que sean dignos de una gratitud que debe estar basada sobre la religion.

Ante mortem ne laudes hominem quemquam. A nadie alabes ántes de su muerte, dice el Espiritu Santo (2); y si con este precepto de alta filosofia moral, cierra la puerta al orgullo y á sus peligros; mas adelante nos da ejemplos de noble gratitud, que á su vez excitan santa emulacion, cuando con un entusiasmo divino exclama: *Laudemus viros gloriosos et parentes nostros in generatione sua.* (3) "Alabemos á los varones gloriosos que nos han precedido" y comienza á cantar las inmortales proezas de Moises, Jepte, Baruc, Sanson, Josué, Samuel, David, y otros cien héroes cuya piedad, ciencia, virtud, celo por la religion y leyes patrias, valor en la guerra, y otros mil títulos igualmente preciosos, forman una sublime historia, ó mas bien dicho, una eterna y gloriosa epopeya. ¿No podremos entonces imitar esos bellos ejemplos?

¡Libreme Dios, hermanos míos, de querer nivelar ó establecer un parangon entre los héroes bíblicos y los valientes cuya muerte lloramos! Eso sería una profanacion, sería un horrible sacrilegio. Pero segun nuestro modo de ser, y segun el mérito relativo, ¿no podremos

elogiarles, y justificar sus elogios con la autoridad de la Escritura santa? Si esto no fuera licito, ¿cómo nos atreveríamos á derramar perfumes sobre la mansión de los muertos? ¿cómo tendríamos valor para presentarnos ante ese emblema de la caducidad humana, y para coronar de rosas la pira cineraria? ¡Ah! Señores: seamos despreocupados, y confesemos que las virtudes cívicas, la fé religiosa, la cruel inmolacion, el mérito sublime, y el respeto que inspira un impenso infortunio reclaman nuestros homenajes. Y no es, que con estos honores se quiera rehabilitar moralmente su nombre: no señores, pues ya nos dijo el Preclaro fundador de la independencia de México "que el cadalso no infama, sino el crimen." Lo que se pretende es, desagraviar sus cenizas, eternizar su memoria, y reparar una horrenda injusticia.

¿Quién lo ignora? De dos años y medio á la presente, ó la cárcel con su fetidez, sus descomodidades, su ignominia y todos sus horrores; ó el destierro con su insalubridad, sus desgarradores recuerdos, su incertidumbre cruel, á veces acompañada de hambre y espantosa miseria; ó el acero y el bronce enemigo con su ronco estallido y su fuerza exterminadora; ó por último, ejecuciones sangrientas é inhumanas, han hundido en dolor la sociedad, y anegado en lágrimas al pueblo, despues de inmolarse centenares de victimas, todas honradas, todas apreciables, todas nobles y grandes como la causa que les lanzó al combate.

En efecto: noble corazon y grande alma debian tener los bravos que en una época de disolucion social, que en una época en que la blasfemia, la apostasia, la negra hipocresia y el mas bajo cinismo erigido en sistema, habian asaltado los altos escaños del poder, acometieron la gloriosa empresa de volver su equilibrio á los ejes del mundo moral. Nuestra sociedad, como el globo terráqueo, habia sufrido un espantoso catalicismo, habia pasado por una inundacion, por un diluvio de errores y de crímenes, que la inclinaron bajo de su verdadero horizonte, y la arrastraban al extremo de ponerla en peligro de perder para siempre sus polos salvadores. Inútil es decir cuáles sean estos. Nadie ignora que la religion y la política son los eter-

nos fundamentos de la sociedad. Si, pero la religion verdadera, es decir la católica; y la política que sea el bello producido de la triple combinacion de la verdad, la justicia y la equidad. Sin estos eternos fundamentos la sociedad se desmorona, y las naciones se hunden hasta el fondo del caos. Pues bien: tan esenciales como son estos robustos fundamentos, vinieron los liberalistas de execrable memoria, y quisieron quebrantarlos, destruirlos, y sustituirles en política, con la violencia, la torpeza y la mentira; y en religion con..... ¡el materialismo y el ateísmo!!!

El ancho pecho de los valientes que murieron, fué el muro inexpugnable contra que se estrellaron tan criminales pretensiones. Y no se diga que nada consiguieron, y no se diga que su imprevision les perdió, y que medidas mal tomadas les condujeron al sepulcro. No tal, hermanos míos. Muchos pelearon con la conviccion de que iban á morir. Muchos como verdaderos católicos se dispusieron antes de lanzarse al combate (4); porque su fé y su abnegacion les hizo conocer que la santidad de la causa exijia victimas, y que la sangre generosa multiplica los héroes. Y á la verdad, que no se equivocaron: dos años y medio de tortura y martirio diezmaron á la sociedad, pero es igualmente inconeuso que engrosaron las filas de los defensores del orden, augurando que el triunfo se aplazaba para darle mas brillo, mas valor, mas estabilidad.

Quizás despues de la guerra de independencia, nunca como hoy se ha justificado entre nosotros la opinion del famoso Conde de Maistre. Este hombre célebre ha dicho "que la causa que comienza por tener victimas ilustres, al fin triunfa en la lid." ¿Y qué victimas mas ilustres que las inmoladas en Zacapoaxtla y Puebla, en San Luis Potosí y la Magdalena, en Iguala y las costas de Yucatan, en Nueva Orleans, Oajaca, y últimamente en la gran Capital? ¿Qué mas ilustre que esa figura amable, noble y colosal, que desde el fondo mismo de la tumba protesta contra las heridas que le infirió una mano cobarde; y luego apareciendo á la conciencia de sus asesinos, como la sombra de Samuel, con aterradora y amenazante voz, desafía y ana-

tematiza á la irreligion y tirania del modo mismo que les condenó y desafió dentro los muros de esta Invieta Ciudad, quando con un valor digno de los tiempos heroicos, y acompañado de un puñado de bravos, que lo fueron porque abrigaban corazones católicos, por espacio de cuarenta dias hizo morder el polvo á los sanguinarios invasores de Puebla? ¿Qué mas ilustres, aunque prestaron servicios mas modestos, que esos jóvenes entusiastas, que en esa misma desgraciada, pero famosa época, fueron asesinados por verdugos de corazón mas negro que la noche en cuyas sombras se envolvieron para perpetrar su crimen?

Señores: si no estuviera hablando con vosotros, si no estuviera en medio de la sociedad que ha sido testigo presencial de los hechos, ninguno me creeria. Hubo un dia en Puebla mas negro, mas tenebroso y fúnebre que la noche fatídica en que fueron asesinados aquellos leales agentes servidores del orden. En ese dia, la virgen consagrada al Señor gemia en el claustro transida de dolor; el sacerdote del Altísimo, balbuciente de angustia, apenas acertaba á celebrar el Sacrificio augusto de nuestra redencion; el ciudadano pacífico y honrado temblaba ante la sombría perspectiva de un espantoso porvenir; el militar pundonoroso maldecia de los que empañaban el brillo de las armas y arrojaban al fango los distintivos de la profesion del honor; la respetable matrona, con ese instinto que sola ella posee, se estremecia involuntariamente por la suerte futura, que pudiera caber á sus queridos hijos; y hasta la joven tímida, mustia y sombría dejaba traslucir en su abatida frente que su corazón estaba torturado por angustiosa pesadumbre. Entre tanto, el pueblo silencioso encerraba en su pecho el enojo, pero sus miradas, su actitud, todos sus movimientos dejaban columbrar un extraño y grande sentimiento, que sin exagerar podria llamarse.....;desesperacion!..... ¿Qué sucede, señores, qué acontece en tan aciago dia?

Cinco valientes de corazón sencillo y generoso, cinco varones esforzados que quisieron quebrantar las cadenas que degradaban á la Invieta Ciudad, y que aun amenazaban impedir para siempre el vuelo generoso del Aguila de Anáhuac, fueron sacrificados sin piedad.....

En los momentos solemnes de su cruel agonía, no se les permitió regar con sus lágrimas, ni estrechar contra su corazón la Imágen adorable de Nuestro Redentor; no se les permitieron los últimos consuelos y alivios que solo puede dar la religion; no se les dejó que depositasen sus últimos suspiros, ni sus sagradas confianzas en manos de esos Séres Providenciales, que por institucion divina, ellos y no mas ellos, pueden abrir y cerrar las puertas de los cielos; y para colmo de infortunio, se insultó su ferviente piedad. ¿Como si esta virtud, muy propia de las almas grandes, generosas y nobles, fuese incompatible con el verdadero valor!

Al llegar á este punto, quisiera yo, señores, poseer el eminente sentimentalismo con que David lloraba sobre la tumba de Saul y Jonatás; ó la sublime inspiracion con que Job cantaba sus grandes infortunios, y queria borrar del número de los dias, el que alumbró su desventura. Y ya que no me es dado, me consuelo porque sé que me comprendéis y sentís como yo; me consuelo porque sé que la sociedad se ha levantado en masa para protestar contra esa escandalosa violacion de los sagrados fueros de la humanidad; me consuelo porque tú, ¡oh Dios elemente! tú que ves el fondo del corazón humano, tú que premias la fé del que te invoca, y que nunca desprecias los suspiros y lágrimas del desgraciado, tú habrás otorgado ya la misericordia y la paz á esas víctimas sacrificadas en odio de tu nombre.....!

¡*Consolamini, consolamini!* ¡Consolaos, mis hermanos, consolaos! Su sacrificio no fué estéril; el clamor de su sangre subió hasta el cielo, como el de la de Abel, y conmovió las entrañas piadosas del Padre de los hombres, y comprometió, por esplicarme así, á su Justicia Eterna, para que fijase el "hasta aqui" al reinado de esos crueles intrusos, que sin mision del cielo han querido imperar sobre las ruinas de los pueblos.

¡Hondos secretos de la Providencia! No mas un mes habia pasado de la inmolation de las víctimas, y la fuerza brutal que les arrancó de la sociedad de los vivos era quebrantada, desmenuzada, deshecha como el humo, y disipada por el viento. Así se ha realizado aquello del Profeta: "Yo vi al impío elevar su orgullosa cabeza so-

“bre las alturas del Libano; volvi á pasar, *et ecce non erat*, ya habia dejado de existir.....” (5). ¡Grande enseñanza para los tiranos! ¡Importante leccion para los pueblos! Estos no deben abatirse, ni desconfiar jamás de la paternal solicitud con que la Providencia vela sobre sus destinos, persuadidos de que si les aflige, tambien enjuga con ternura sus lágrimas; y si *castiga y hiere à las naciones, tambien les aplica saludable y eficaz medicina.* (6) Y los tiranos tengan entendido que no se profana impunemente el nombre del Altísimo, ni se violan las leyes eternas de justicia: y que si provocado por los pecados de los pueblos, volca sobre ellos la urna de las calamidades, y les castiga en su Ira con magistrados imbeciles, viciosos, sanguinarios é impios, cuando llega el dia de la misericordia, lo primero que hace es confundir, desmenuzar y anonadar á los instrumentos odiosos de su cólera, como confundió, desmenuzó y anonadó á los Faraones, Holofernes, Baltasares y Antiochos.

¡Murió Orihuela!!! el denodado, el indomable, el insigne Orihuela.....! Ya antes habia espirado Quintanilla la vispera del triunfo, y como abandonando la vida para no ser testigo presencial de un espantoso descalabro, de una..... infernal venganza! ¡Murió Aljovín el impertérito, dando ejemplos sublimes de valor en la lucha, y de piedad cristiana en la agonía! (7) ¡Cayeron al golpe del pañal asesino los entusiastas Castellero y Benites! ¡Sucumbieron cruelmente Priorio, Rosas, Orozco y compañeros! ¡Bajaron al sepulcro centenares de leales y bravos mexicanos.....! ¿Y para qué, señores, para qué tan dolorosa y horrible inmolucion?..... Para alcanzarnos los bienes que hoy gozamos..... Tal vez su oracion en la presencia del Altísimo ha conseguido ya el término de nuestras desventuras. Tal vez hoy mismo estarán rogando por los destinos de esta patria. Tal vez consigan que la verdad política y la verdad religiosa sean, de hoy en mas, los cimientos de nuestra sociedad regenerada!

¿Cuál debe ser entonces nuestra conducta respecto de tan dignos hermanos? Ante todo, señores, debemos erigirles en nuestro corazón un altar de gratitud y amor; y despues, eternizemos su memoria, immortalizemos sus nombres, honremos su sepulcro, y grabemos

sobre la losa que cubre sus cenizas, estas energicas palabras: “Murieron como los Macabeos en defensa de la religion, de las costumbres, de los usos y de las leyes patrias.”

La religion que nos ha conducido al santuario, é inspirado que sobre el Altar santo ofrezcamos al Padre el sacrificio. Salvador de su Dulce Unigénito para obtener por su virtud el eterno descanso de las almas. La religion que nos autoriza para que respetemos, publiquemos y elogiemos los famosos hechos de los varones dignos de alabanza. La religion que nos obliga á orar por los difuntos, enseñándonos que el pensamiento de orar por ellos y procurarles sufragios es santo, meritorio y saludable, *Sancta ergo et salubris est cogitatio pro defunctis exorare ut à peccatis solvantur*, es quien justifica los obsequios y honores que hoy les ha consagrado nuestra piedad y nuestra gratitud. Tal es mi pensamiento.

¡Almas inmortales de nuestros valientes defensores! ¡Almas inmortales que habeis abandonado esta mansion de la ingratitude, de la injusticia y del dolor! ¡Almas inmortales que con vuestro sacrificio habeis merecido bien de la sociedad católica y civil, ahora que desmenudas de las pasiones y de las miserias sublunares, conocéis con exactitud todo el valor intrínseco de los principios y de las verdades que con denuedo defendisteis, rogad al Todopoderoso nos conceda que reinen constantemente entre los mexicanos, que acabe para de una vez la anarquia, y que mantengamos incolumnes las santas garantías, que vuestro compañero de infortunio, el Inelito Iturbide proclamara en Iguala!

Y vosotros, cristianos, para terminar esta fúnebre solemnidad, y antes de salir del Santuario, rogad de nuevo à Dios, que por los méritos del Santo Salvador, conduzca á las almas de nuestros queridos amigos á la mansion eterna de la felicidad y de la paz. **REQUIESCANT IN PACE.** Amen.



CITAS.

- (1) *S. Math. cap. 22. v. 13.*
- (2) *Ecclesiast. cap. 11. v. 30.*
- (3) *Ibid. cap. 44. v. 1.º*
- (4) Nota del autor. *El apreciable joven Martínez, ayudante del Sr. Osollo que murió al tomar la ex-Acordada de México, se confesó cristianamente en el Convento del Carmen de aquella Ciudad, persuadido de que iba á morir "por su religion," y Orozco se retiró á la Concordia de esta Ciudad á tomar ejercicios pocos dias antes de morir.*
- (5) *Psalm. 36. vv. 35, 36.*
- (6) *Tobiae. cap. 13. v. 2.*
- (7) *Los pocos dias que se le concedieron al autor, no le permitieron consultar mas detenidamente la triste historia de los dos años y medio de lucha, y por eso no habló de la campaña de Ocotlán, célebre por tantos títulos, ni pudo hacer mencion nominal de los señores Vega, Porrás y muchos otros desgraciados.*

POESIAS

QUE SE LEIAN

EN EL CATAFALCO.

TRADUCCION.

Magni in bello. pro patria.
Placidam. Obiere. mortem. Egre-
giae. Autem. Victoriae. Memoria
semper manebit. Cineres. Eorum.
Gelidi. Humilibus. Ignostique.
Tumulis. Jacent. Sua vero nomi-
na. Cibum cordibus Post. Facta
super sunt.

A. D. MDCCCLVIII.

Los grandes, por su patria, re-
cibieron una muerte gustosa en la
guerra; pero la memoria de una
esclarecida victoria vivirá para
siempre. Sus cenizas frias descan-
san en sepulcros humildes; mas
sus nombres, despues de sus he-
chos sobreviven en el corazon de
los ciudadanos.

AÑO DEL SEÑOR DE 1858.

A las vietimas ilustres sacrificadas en la guerra civil, Puebla do-
liente, consagra este monumento el año de 1858.

Flores traed para adornar su fosa,
Y con llanto regad la humilde tierra,
Que sus despojos pálidos encierra;
Y será para siempre tan gloriosa
Si ellos al golpe de enemiga suerte
Duermen al fin el sueño de la muerte.
De sus restos guardemos el tesoro,
Y gravemos su nombre en nuestros pechos,
Y á la memoria de sus nobles hechos
Vierte la patria su doliente lloro.

OCTAVA.

Hijos de Puebla, intrépidos soldados,
Que al estruendo marcial de los cañones

A combatir marchasteis denodados
 En contra de enemigos batallones;
 De inmarchesible lauro coronados,
 La fama cantará vuestras acciones,
 Y Puebla con el llanto de sus ojos
 Por siempre bañará vuestros despojos.

¿Por qué no calma la ensañada lucha
 Que baña en sangre el mexicano suelo,
 Y solo de rencor, venganza y duelo
 Lúgubre acento por do quier se escucha?
 Nuestros campos mirad, están desiertos
 Y de ruinas y sangre ya cubiertos. . . .
 Venid, venid, y con sincero abrazo,
 De fraternal amor debida prenda,
 Sobre esta misma tumba en digna ofrenda
 Jurémos no romper tan dulce lazo.

No habeis rendido el postrimer aliento
 Al rudo golpe de extranjera espada;
 Vuestra sangre ¡oh baldón! no derramada
 De innoble lid en el ardor violento;
 Habeis caído á las sangrientas manos
 De los mismos que son vuestros hermanos,
 Por salvar á la patria que gemía
 ¡Victima infausta de capricho ciego! . . .
 El cielo oyó vuestro ferviente ruego
 Pero os oculta ya la tumba fria.

OCTAVA.

Cubierta de dolor cada momento
 A sus bizarros hijos Puebla llora,
 Que hasta exhalar el postrimer aliento
 Lucharon por la Iglesia, hora tras hora.

Una plegaria con rendido acento
 Por ellos hoy inconsolable implora.
 Merecieron los ínclitos poblanos
 La eterna gratitud de sus hermanos.

Quien por la patria da la dulce vida,
 No muere, no; mas cúbrese de gloria,
 De su hazaña eterniza su memoria,
 Y la patria jamás su nombre olvida.
 Vosotros peleasteis denodados
 En la arena cayendo traspasados;
 Por eso viviréis eternamente
 Y serán vuestros nombres bendecidos,
 Y patria y religion entre gemidos,
 De noble lauro cifen vuestra frente.

Nombres que estaban escritos en la pira.

Joaquin Orihuela.—Manuel Aljovin.—Juan Vazquez.—Clemente Orozco.—Rafael García Cano.—Rafael Quintanilla.—Agustin Paz y Puente.—Francisco Priorio.—Joaquin Ordoñez.—Francisco Pórras.—Manuel Calderon.—Antonio Rosas.—Miguel Martinez.—Diego Castrejon.—José Maria Diaz de la Vega.—Rafael Luque.”

Una pléyade con sentido común
Por ellos soy inapreciable ingloria
Merecidos los títulos poblanos
La eterna gratitud de sus hermanos.

Quien por la patria de la dulce vida
No muere, no tiene el alma en gloria
De su lexaria eterna en memoria
Y la patria jamás en nombre olvida.
Vosotros palabreros de palabras
En la arena esparciendo palabras
Por esa vida eterna y gloriosa
Y escribiendo nombres en palabras.
Y patria y religión entre garitas
De noble lauro cullen vuestras garitas.

Nombres que estaban escritos en la pira.

- Juan Vazquez —
- Manuel Alvarado —
- Rafael García Cano —
- Rafael Quintanilla —
- Agustín Paz y Puente —
- Francisco Prieto —
- Manuel Caldeón —
- Antonio Rosas —
- Diego González —
- José María Díaz de la Viga —



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA





U A N

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECAS



100